

CAPÍTULO II

LUIS VALLS TABERNER: EL RENACER DEL GATOPARDO

He seldom makes mistakes («raramente comete errores»), escribió una vez un periodista del *Financial Times* sobre este barcelonés nacido en 1926 que lleva más de veinte años presidiendo el Banco Popular Español, el segundo más rentable del mundo. Ciertamente, ésta es una de las facetas de la personalidad del hombre conocido como «el enigma de la Banca», el más atípico de todos los banqueros, halagador y más listo que el hambre, mitad monje (es miembro numerario del Opus Dei y su cabeza más visible en las finanzas), mitad estrategia de largo plazo y un cerebro privilegiado. Todo esto y mucho más comprobamos un mediodía en que, según su costumbre, Luis Valls almorzaba en el ático de la sede central de su banco en Madrid. Un refugio inexpugnable en la zona noble de la capital del Estado donde Valls comparte con su equipo de colaboradores su gran afición a la lectura en cinco bibliotecas que llenan la planta y descarga sus energías en una pista de *squash* junto a unos hermosos lienzos y un boceto de Su Majestad el Rey firmado por Carmen Laffon. Un retrato de don Juan de Borbón dedicado cariñosamente a su padre, Ferrán Valls, diputado en las Cortes de la República y profesor de don Juan cuando éste era príncipe de Asturias,

adorna la estancia del comedor privado, en cuyo centro se yergue una impresionante mesa redonda de ónix a modo de tabla redonda. A Luis Valls le gustan las mesas redondas y el protocolo italiano, por lo que sienta a sus comensales de dos en dos y frente a frente: «Paso por florentino porque soy excesivamente directo con los demás», susurra. Está a punto de cumplir sesenta y ocho años y lleva más de treinta dedicado a la Banca. Apasionado lector de Nicolás Maquiavelo, «pero, sobre todo, de Maquiavelo acotado por Napoleón», consulta de vez en cuando el libro del autor inglés Anthony Jay, que aplicó las teorías maquiavélicas a la dirección de empresas. Otra de sus lecturas favoritas es la de un famoso tratadista de la estrategia militar, el capitán británico Liddell Hart. Según Hart, «las batallas frontales se han perdido siempre y las victorias se han obtenido aplicando el método de la aproximación indirecta», máxima que Luis practica con indudable maestría. Describe con satisfacción los numerosos volúmenes que inundan esta fortaleza bancaria y que comparte con los empleados de su banco, una entidad que Luis copreside con su hermano Javier (ambos se llevan a la perfección, aunque son como la cara y la cruz de una misma moneda) y que controla desde su refugio segoviano. Porque Valls sólo abandona los parajes serranos y los aires de El Espinar los lunes y martes de cada semana, cuando reúne a su equipo directivo. «El resto es sencillo, un buen teléfono, un buen telefax y confiar», dice este atractivo y sugerente personaje, misterioso y sibilino, lleno de matices, al que le gusta mucho más «influir que mandar».

Valls es cortés hasta el extremo y confiesa que si tuviera que adornar con una leyenda uno de sus retratos sería ésta: «Un personaje en la penumbra.» Mientras enseña los tesoros bibliográficos y pictóricos de la estancia, reflexiona en voz alta: «El poder te transforma, el sillón transforma. El Sillón, con mayúscula, es muy importante; así pasó con el presidente norteamericano Truman, es el ejemplo de un hombre gris a quien transformó el sillón y fue uno de los mejores presidentes de Estados Unidos.»

Mención aparte merecen los ceniceros de este santuario,

objetos que Luis considera «cómplices de toda buena negociación». Fumar es, para él, todo un rito simbólico: «Yo fumo para negociar, y en el mundo de los ceniceros el que manda soy yo. El cigarro me acompaña y cada uno me dura hora y media como mínimo.» Estrategia sutil que el presidente del Popular ha debido desplegar con excelentes resultados en su muy azarosa vida económica: «En realidad, los presidentes somos un florero en las reuniones, hay que dejar hablar, escuchar y aguantar. Basta con eso. Al final, los noes son mi única responsabilidad.» Valls confiesa, con cierta sorna, que todo esto se aprende muy bien en la montaña, una de sus pasiones. En otro rincón, una Virgen de la Sonrisa, advocación toledana, observa a su dueño, quien nunca pierde los nervios. Su agresividad la guarda para el juego del *squash* en el cuarto contiguo, porque, según argumenta, «como no puedo ir pegando a la gente, le pego a la pelota y esto me descarga». Conocer a Luis Valls es rozar el enigma, la prudencia y el chispazo de la genialidad. Consciente de su poder, pero desmitificándolo, emana concentración, sobriedad, renuncia interior y habilidad; ama la filosofía, la disciplina y el estilete afilado de los magos que median entre lo sagrado y lo mundano. Se resiste, al principio, a desvelar su faz oculta, sus recuerdos, pues afirma no tenerlos: «Estoy muy feliz de no tener memoria, de no tener ningún recuerdo. Hay que esforzarse para olvidar y buscar el lado amable de la vida, ver en los demás algo que poder apreciar, eso facilita mucho las relaciones humanas.»

Su educación en los Jesuitas de Caspe tendría gran importancia en su personalidad, según reconoce tras el penetrante humo de un buen habano Montecristo del Uno, sus favoritos. También gusta de aludir a otra frase maquiavélica: «Cuando la torpeza de mis amigos me cansa, la vileza de mis enemigos me da fuerzas.» Luis Valls, forjado en batallas de alto copete, jamás ha tenido prisa, algo que ha descompuesto a más de uno. «A veces —confiesa— me han chantajeado, y tengo la impresión de haber cedido a todos los chantajes; es como el juego de los dos coches enfrentados, no es ningún desdoro ceder, el desdoro es el chantaje en sí.

Además, si al crítico le tomas en consideración, en el fondo le molesta cantidad.»

Luis Valls estudió Derecho en Barcelona aunque se doctoró en Madrid. De la mano de Albareda, gran amigo de su padre, entró en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Antes de su entrada en el Banco Popular, auspiciada por su primo, Félix Millet, fue profesor ayudante de Economía Política junto a Federico Silva y Enrique Fuentes Quintana. En los años sesenta se incorporó al Consejo Privado de don Juan de Borbón. Esta vinculación con los monárquicos legitimistas vino de una forma curiosa, a partir de la participación de Luis en una «comisión de notables» creada para recolectar fondos con destino a un regalo para el príncipe Juan Carlos con motivo de su casamiento. Lo rememora muy bien: «Me llamó Alfonso García Valdecasas y me dijo que el Príncipe se casaba y teníamos que hacer *pro-boda*, así que nos pusimos a confeccionar una lista de notables que empezaba por el duque de Alba, nos pasamos un año preparando lo que sería la boda de don Juan Carlos con la princesa Sofía.»

Valls había conocido a don Juan de Borbón en Roma en los primeros momentos de la guerra, cuando su padre, Fernando Valls, acompañó y enseñó al heredero de Alfonso XIII. Sin embargo, él no se define como monárquico, aunque sus inquietudes políticas fueron intensas allá por el año 57. Más adelante promovió la sociedad FACES, con idea de crear un foro de discusión en la línea de la Liga de Educación Política, fundada en 1914 por Ortega, y de la Unión Catalana presidida por su padre. Aún recuerda a sus compañeros de entonces: Juan Herrera, Alfredo Jiménez Millas, Joaquín Bendumea, Javier Vidal, García Moncó... Desde FACES adquirió el diario *Madrid* y trató de conciliar el conflicto de posiciones que surgió en el seno de la sociedad española y que culminó con el cierre del periódico. A Valls siempre le ha gustado escribir artículos y asegura que su gran afición es el periodismo: «Tengo un triple título: escritor, banquero y doctor en Derecho.»

Hijo de un prestigioso intelectual catalán, nieto de políticos, sobrino de banqueros y miembro de una importante familia en el negocio textil de Mataró, Luis Valls admira mucho

a su padre: «El cubrió las tres vertientes, la universitaria, la docente y la política», y muestra con orgullo las numerosas publicaciones que hablan de antiguos homenajes a su progenitor. Sin embargo, la figura que más le marcó en su infancia fue la de su madre, Marcelina Maristany, de quien Luis conserva un entrañable retrato enmarcado en cristal sobre la mesa de su despacho. Hombre frío y poco dado a exteriorizar sus sentimientos, admite que «la única vez que he llorado en mi vida, la única de verdad, fue el día en que murió mi madre, a los ochenta y ocho años, el mismo año en que asesinaron a Carrero Blanco». De sus ocho hermanos, hoy viven seis, Javier, Félix, María Paz, Montse, Pedro y el propio Luis.

* * *

A pesar de no ser monárquico, Valls admiró mucho al conde de Barcelona y evoca gratamente sus años de miembro del Consejo Privado, donde también conoció a eminentes intelectuales republicanos, como Menéndez Pidal. Desecha las definiciones, pero si le aprietas por alguna la resume así: «Soy liberal y heterodoxo, educado en el respeto a los demás.» Con sus hermanos y sobrinos mantiene una excelente relación, si bien su gran colaborador y copresidente del Banco es Javier: «En más de treinta años que llevamos trabajando juntos no hemos tenido ni una pelea a pesar de ser bien distintos.» Javier está casado con una bellísima mujer, Cristina, es padre de familia y tiende a la cálida vida del hogar, entre viajes al exterior, pelotas de golf y conversaciones de fondo bancario. Luis, por el contrario, permanece soltero y complementa su vida profesional con un fuerte componente espiritual. «Como buen Géminis que soy —dice Luis Valls—, tiendo mucho a desdoblarme, es una actitud ante la vida». Sus inquietudes espirituales le vienen de su educación en los Jesuitas y su paso por las Congregaciones Marianas. Para él, la fe es un modo de «sufrir bien las agresiones externas». Su vinculación al Opus Dei es muy seria y asegura que no está reñida con su independencia: «No hubo un detonante concreto para mi acercamiento al Opus Dei. Soy mucho más aficionado al Antiguo

Testamento que al Nuevo, y creo porque la intervención de Dios en la Historia es más que evidente. Para mí, Dios es un ente real, no una idea abstracta.» Charlando con él se hace difícil recordar su calidad de numerario de la Santa Obra. Es una especie de monje del siglo xx. Para dar un ejemplo de cómo armoniza su yo profesional con su yo religioso recurre a un relato sorprendente: «Cuando un constructor de ferrocarriles vio que, por mucho que cerrase las puertas, seguía entrando aire en los vagones, lo que hizo fue elevar la tensión interior del tren. De esta manera consiguió que el polvo no se metiera en los compartimientos.» Su opinión de la figura de Jesús se arraiga en las creencias y la fe: «Lo leo y lo sigo en los Evangelios. Aunque soy entusiasta de pocas cosas, porque ni la vida ni mi profesión permiten mucho entusiasmo, sí lo soy, como ya he dicho, del Antiguo Testamento, donde la figura de Dios es mucho más visible y más directa.»

Serenidad es la palabra favorita de este peculiar personaje; para él, estar sereno y «templado» es un hábito adquirido. En los límites de perder alguna vez los nervios, Valls recurre a la montaña con un singular sistema: emulando al Otsi, «que es como se llamaba el hombre que fue encontrado en las montañas austriacas, donde habitaba hace cinco mil años. Quien vive en las montañas puede resistir lo que le echen, pero es importante acostumbrarse a sus parajes, a su soledad. Yo, debo confesarlo, me paso media vida en el monte...» ¿Y una vez llegado a la cima de la montaña de la vida, qué le gustaría a Luis Valls que figurase en el reposo final de su existencia?: «Nada, he dicho en mi testamento que desheredaré a quien ponga esquelas. No quiero funerales ni reseñas necrológicas porque morimos precisamente porque vivimos y, además, por respeto a los amigos, por dejarlos en paz.» Al hablar de la muerte, Luis Valls recuerda inevitablemente a un amigo muy querido, su hermano mayor, quien murió en 1976 aquejado de una leucemia. Pero Valls acepta la marcha de este mundo con la inquebrantable fe de quien cree en el más allá: «Dios y la realidad mandan.» No le preocupa en absoluto la muerte en sí, sino «el dolor y el sufrimiento», porque considera más detestables y aterradoras otras cosas de la vida, como

«la intolerancia, la indisciplina o la mediocridad.» Para él, «Dios es también esperanza, es algo que viene inevitablemente tras la fe, de una manera descarada. Dios es como el gran cocinero de todo esto, hay un ser ahí, cercano; el mundo no es fruto de la casualidad, es un Dios creador que no sólo nos espera de puertas arriba, sino también de puertas abajo». Luis Valls decidió entrar en el Opus Dei durante la Semana Santa de 1945 porque entendió que «ésta era la vía, la llamada para el creyente». Enfatiza que esa decisión nunca ha estado reñida con su independencia, actitud que le ha valido para ser también un incómodo personaje entre algunos políticos, como cuando un ministro de Hacienda, Espinosa, quiso condecorarlo y Manuel Fraga se lo desaconsejó a Franco, con lo que la orden no llegó a firmarse. Contrariamente a lo que cabría pensar, Valls considera que su vida religiosa «es puro raciocinio, no me crea ningún problema, yo no tengo por qué ser un entusiasta de nada que no me convenza; la Obra es una vía para esta vida, si yo estoy ahí por vocación, por disciplina, ¿para qué pensar más?; nada de eso altera mi esquema de vida». Su mayor creencia, curiosamente, radica en «el Angel de la Guarda, que me escribe a veces muchas cosas. Es alguien que tienes cerca y que, se lo pidas o no, está ahí, dispuesto a ayudarte», dice con una candidez sorprendente para un hombre tan apasionado de Maquiavelo y de Montesquieu. El primero le gusta «por ser un observador de la vida que acertó plenamente en sus análisis, pues yo veo que si los príncipes siguen las enseñanzas maquiavélicas, desde luego triunfan», advierte con una velada crítica hacia los políticos. «Uno puede tener amigos siempre que no les meta en la Administración, el político podrá seguir intentando mantener esa amistad, pero perderá la confianza», sentencia despiadadamente, mientras ojea algunos libros de humoristas ingleses, también entre sus favoritos precisamente «por ser también grandes observadores de la vida».

* * *

¿Cómo es un día en la vida de este enigmático personaje?
«Me levanto a las seis y media, rezo media hora y otro buen

rato medito. Hacia las ocho y media desayuno y entro en alguna iglesia a escuchar misa y proseguir un rato la reflexión. La relación con Dios y mi vida espiritual ocupan una buena parte de mi tiempo, junto a las gestiones de trabajo.» El presidente del Popular es el único banquero del mundo que dirige la entidad dos veces por semana en Madrid y el resto desde la montaña: «Me preocupa mucho la línea, el régimen de vida», asegura desde su imponente complexión física de 1,82 metros de estatura y un corpachón fuerte, esculpido con la práctica del montañismo, el tenis y el *squash*, montando en bicicleta y, en menor medida, disputando algún que otro partido de fútbol. «No tengo estrés, no sé lo que es eso, me gustan la quietud y la estabilidad y no me disgusta que se metan conmigo porque eso me inspira y rejuvenece.» Desde la cúpula del banco «más transparente y mejor gestionado», se reúne con los colegas, con su Consejo de Administración, con sus directivos y con los sindicatos, en los que cuenta con numerosos amigos, entre ellos el líder de Comisiones Obreras, Antonio Gutiérrez, quien le dedicó cariñosamente un retrato que ocupa uno de los interminables pasillos del ático de Valls. Disfruta escuchando a veces *Los Cuarenta Principales* y reuniéndose con universitarios en un colegio mayor, a la par que estudia con atención cualquier demanda que entrañe altruismo. A pesar de su misteriosa vida mantiene unas inmejorables relaciones con el mundo de la información, en buena parte gracias a los estupendos oficios de Fernando de Soto, uno de sus más estrechos y leales colaboradores, director general adjunto del banco y responsable de sus relaciones con los medios de comunicación, entre los que goza de gran prestigio y excelentes amistades. Soto define a Valls como «un hombre muy inteligente, de instinto, de formación y de comunicación, de coherencia y de cabeza capaces de albergar una objetividad desinteresada. Hombre de humor inquebrantable, no hay manera de encontrar en él otra cosa que el gesto mesurado y amable».

El catalán Valls ejerce un sentido práctico de la vida, con capacidad de inventiva y facilidad de entablar diálogo con gentes muy variadas. Como los pensadores chinos, se esfuerza

siempre en distinguir «lo lógico de lo real». Gran aficionado a leer y escribir, su vida exterior tiene varios escalones: el banquero, el economista, el periodista y, por qué no, también el político, porque Luis Valls despliega una labor política de altura pese a pretender que pase inadvertida. No le abrumba la soledad, y pese a sus profundas raíces catalanas no ha sido nunca «un activista catalanista, aunque he seguido la tradición de un pasado». Y es que Valls jamás hace «nada en exceso. Teóricamente, no hay nada que me apasione, soy un hombre frío, a pesar de haber luchado contra todo, pero he tratado siempre de mantener la cabeza por encima del corazón».

¿Y el amor, qué es el amor para un personaje como Valls Taberner?: «Pues amor es sacrificio, ¿qué duda cabe? Fijémosnos en el más allá, en lo que se centra la otra vida... Pues sólo en el amor. De todo cuanto sabemos y leemos, ¿qué vamos a conservar en la otra vida? Amor, por supuesto. Amor es contraposición de egoísmo, la otra cara, significa que en lugar de estar centrado en uno mismo se piensa en otros a quienes se quiere, e incluso puede estar más allá de la compañía.» Luis Valls permanece soltero, pero afirma con suprema ironía que «yo vivo de las mujeres, primero me cuidó mi madre, luego mis hermanas y ahora mis cuñadas y mis sobrinas», que le compran la ropa y los productos de aseo, entre los que prefiere la marca Ermenegildo Zegna.

Valls escribe en noches de luna llena, «es un momento en que me siento inspirado», y alaba la prudencia porque en la vida «las iniciativas siempre están mal vistas, hay que ser sabio para forzar que sean otros quienes te las propongan». Conversa mucho con gentes de todo tipo y pocos saben de sus escapadas por los barrios del sur de Madrid para palpar realidades y vivencias. «La sabiduría del subalterno hay que tenerla muy en cuenta», y como ejemplo desvela por qué se afeitó la barba de su juventud. Un buen día, un botones del banco le dijo: «Don Luis, que mal le sienta a usted la barba.» Dicho y hecho, nunca más se la dejó crecer. De él se dice que disfruta del suficiente espacio para soñar en las solitarias noches de la sierra segoviana, aunque, como buen pragmático,

sabe inclinarse por el *seny* catalán y por la realidad cuando así lo exige el momento. Aborrece el automóvil y le apasiona pasear y montar en bicicleta y a caballo: «A pesar de las cautelas del conductor, el coche me da repelús, sobre todo desde que una vez se salió de la carretera en un patinazo sobre el hielo.» Valls ha llegado a conducir un tractor en pleno campo, «pero no volví a hacerlo porque me dolía la espalda y dicen que es malo para la columna».

Otro de sus secretos mejor guardados son sus almuerzos con chavales universitarios, que realiza periódicamente desde el año 1963. Hablan y comentan libros «de comportamiento social, de experiencias; en eso me parezco a Luis XIV, que daba clases de comportamiento social almorzando ante numeroso público. Yo lo hago de modo más restringido por comodidad», asegura con sorna. Por si fuera poco, su refugio madrileño cuenta hasta con una sala de cine, donde se exhiben películas para el personal del banco. Entre todas, Valls no tiene duda en proclamar su favorita, *Waterloo*, pues no en vano le fascina la figura de Napoleón Bonaparte. En música conjuga gustos de todo tipo; escucha a The Beatles, a Los Bravos, a los Pekenikes, a los Sirex, al Dúo Dinámico y a todos aquellos míticos grupos de los años sesenta. Lee pocas revistas, «porque no me gusta la información enlatada», y le apasiona la ópera: Pavarotti, Carreras y Plácido Domingo. Luis Valls ha ido mucho a la ópera, y siempre tuvo un palco en el Liceo de Barcelona. Entre los clásicos, su favorito es Johann Sebastian Bach, y mantiene un curioso secreto: ha tocado algunos instrumentos y le encanta el acordeón, que toca a las mil maravillas.

Su vida es claramente espartana, plena de trabajo, deporte y comida sana. Acude poco al teatro y, si lo hace, es siempre con alguno de sus hermanos. Le fascina más el cine, y nunca podrá olvidar *La caída del Imperio Romano*, que vio hace años. Le gusta analizar los auges y decadencias de las sociedades, y coincide con Paul Kennedy en que «las decadencias vienen siempre por un deterioro económico». Defiende a capa y espada su vida en soledad: «La ventaja de la soledad es la independencia y, de cara a los demás, la seriedad.»

No le preocupa nada la muerte. «Es curioso —comenta— que médicos y teólogos estén de acuerdo en afirmar que el hombre no está preparado para conocer el día exacto de su muerte. Yo discuto esa tesis, pues a mí sí me interesaría conocer el día exacto. Me haría feliz que me dijese, en caso de una enfermedad, que voy a durar un año, o lo que sea. Pues perfecto, ya sé el tiempo que tengo. ¿Para qué? Pues para preparar mis papeles. En el cajón de mi habitación tengo un sobre que dice, “utilizar en caso de mi muerte”, y en él se lee que los libros de la biblioteca pueden utilizarlos todos, que los papeles se pueden quemar, que la ropa se puede tirar. No dejo ningún problema a nadie, y eso es lo que más me interesa». Para Valls, los conceptos como amor, amistad y muerte son espirituales: «Recuerdo que una niña muy lista de una escuela de negocios de Fontainebleau, una de las más importantes de Europa, fue invitada a un curso práctico del Banco Popular. Ella se paseó, habló con todo el mundo, mantuvo reuniones, estuvo en las comisiones... Yo le dije que hablara con quien quisiera, que asistiese a una reunión ejecutiva, que viera nuestro estilo de trabajo y formación. Entonces, un día, en el aperitivo que teníamos antes de entrar en una reunión con directivos, me espetó: “Oiga, Luis, a usted no le preocupa el futuro.” Yo le respondí: “Mire usted, señorita, yo me muero ahora y en el banco no hay que hacer nada, nadie tiene que reunirse, nadie tiene que sustituirme. Está todo pensado.”»

Valls es un hombre austero que no concede gran importancia al dinero y que parece conciliar bien la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro: «Lo ideal es tener para ser, no ser para tener. Comprendo que hay un mínimo imprescindible, pero este mínimo, comparativamente, lo tiene hoy casi todo el mundo. Por otra parte, hay gente que acaba siendo tremendamente infeliz porque sólo busca tener más, supongo que por ambición o por otras razones. En mi caso, mis ambiciones son el saber, el conocer.» También otorga importancia al talento y desprecia la mediocridad: «El talento es la inteligencia que incorpora la parte proporcional del corazón, de sentimientos. En las empresas, el corazón suele estar por de-

bajo de la cabeza y en el cuerpo humano la cabeza está algo por encima, por algo tiene que dominar.»

* * *

Como los tres mosqueteros, los hermanos Valls también eran tres en el negocio: son dos ahora, Luis y Javier, los presidentes del Popular, pero con ellos estuvo, hasta que se jubiló, Pedro, el hermano mayor. Luis heredó la pasión por la Historia (entre otros paquetes de participaciones) de su padre, Ferrán Valls i Taberner, historiador, archivero, político y hombre de empresa. En los años treinta se decía por los mentideros que las sociedades de Barcelona se dividían en dos clases: las que presidía Ferrán Valls y las que no. A su hijo Luis le gusta contar historias: una de sus favoritas es la del viejo judío que llama a su lecho de muerte a sus hijos:

—Fulano, ¿dónde estás?

—Aquí estoy, padre.

—¿Mengano?

—Aquí estoy, padre.

—¿Zutano?

—Aquí estoy, padre.

—Entonces, ¿quién está al cuidado de la tienda?

De la tienda se ha encargado todos estos años Pedro, quien velaba porque hubiera ladrillos en la familia Valls Taberner mientras sus hermanos jugaban con la argamasa de la historia, la música, el arte y los deportes, que son aficiones de Luis y Javier. En el reparto de papeles de la saga, la tienda le tocó a Pedro, la calle fue para Javier (el más viajero e inquieto y que habla a la perfección seis idiomas) y a Luis le tocó «la trastienda, la cocina, que es donde realmente se manda». El trajinar en la rebotica le va cantidad, le gusta cuidar la imagen, es cierto, pero con un planteamiento profesional que no admite fisuras. Luis y Javier son muy distintos en todo, pero ambos funcionan como un tándem perfecto desde que, hace casi treinta años, Luis defendió en consejo la elección de su hermano Javier como vicepresidente del banco: «Hablé —recuerda— del valor de la afección, de cómo la confianza

no se supone, como el valor a los militares, sino que se comprueba día a día, y Javier y yo llevamos toda una vida juntos.» Entonces recuerda aquella anécdota del general Charles de Gaulle, que no quiso recibir a un miembro del Gabinete Kennedy pero sí a Robert Kennedy, hermano del Presidente, que además era secretario de Justicia.

A Luis y a Javier no les prepararon de niños para ser banqueros, aunque los bancos de la familia eran el Banesto por parte paterna y el Popular por la materna. «Nosotros, de pequeños, no jugábamos con dinero de papel, no asaltábamos bancos con pistolas; de niños le dábamos a la pelota, que es, en el fondo, nuestra gran afición.» Nunca soñó Luis con ser banquero: «Admiro a esos que nacen queriendo ser bomberos y lo consiguen», dice con sorna. A los niños Luis y Javier les administraba los dineros su hermano Pedro. Luis siempre fue muy austero, de ahí vienen sus manías de economizar la luz (hábito que no ha abandonado, pues apaga instintivamente las luces en cuanto sale de una habitación) y de vigilar el teléfono (que utiliza lo imprescindible). En su magnífica relación actual de copresidentes del banco, ambos aseguran que existe una fórmula perfecta: «Basta con que uno no ambicione el puesto del otro, aunque prácticamente sea el mismo, y ceda el paso, aunque el nuestro sea un paso a dos.» En sus ratos libres, Javier siempre escogería la música, pues es un melómano consumado, y Luis, por supuesto, un buen libro de los que devora cada día. Están tan conjuntados que en las múltiples fotografías que les hacen Javier siempre aparece sentado y Luis detrás, en pie, oteando el horizonte: «Somos dos caracteres con un balance satisfactorio. ¿Saben ustedes a lo que en realidad nos dedicamos los presidentes del Popular? Pues ha charlar, a no hacer nada; somos las relaciones públicas de la casa.» Mientras Javier juega al golf y al tenis para desconectar, Luis insiste en que su vocación frustrada es el periodismo. Observa el mundo financiero desde su privilegiada atalaya de la rentabilidad y asegura con talento: «Siempre es bueno que alguien quiebre, porque es una advertencia y permite volver a poner las cosas en su sitio.»

La palabra más en boga en la sociedad española, *corrup-*

ción, le dice esto a Luis Valls: «A la corrupción por puro afán de lucro se llega por prepotencia, por la sensación de impunidad. Pero esto desaparece cuando los casos se denuncian en la prensa; el peor ambiente es la especulación, el listillo que compra un solar y lo vende al día siguiente por el doble de precio.» ¿Y la ética, algo que necesita también este país?: «Pues me parece muy bien si es sincera, porque a veces, con el pretexto de la ética, pueden robarte la cartera.»

Como ya hemos visto, lo que más admira Luis Valls, y de casta le viene por la trascendente figura intelectual de su padre, impulsor de todas las manifestaciones de la cultura catalana, es el talento y la inteligencia: «Con el talento y con gente inteligente puedes hacer de todo, aunque, a veces, muchos de los que ocupan cargos públicos rondan el límite de la subnormalidad», ironiza sin concretar nombres. «Mi padre adivinaba el talento a un kilómetro. Un día, un bedel de la Universidad de Barcelona le preguntó si, siendo como era el presidente del Conservatorio, podría recomendar a su hija, que tenía buena voz. Pues bien, lo hizo. Aquella chica era Victoria de los Angeles.» Otro de los pasajes de su infancia que más recuerda es un viaje a Italia con sus padres y cuatro de sus hermanos. Ya iniciada la Guerra Civil, y gracias a un salvoconducto del Comité Antifascista de Cardedeu, pudieron embarcar hacia Génova, custodiados por *mossos* de escuadra de la Generalitat, el 9 de agosto de 1936. Allí conoció la abadía de San Giuliano d'Albero, que despertó retazos de su fe, y después marchó a Roma, donde su padre trabajó en el Archivo y la Biblioteca del Vaticano. Fue entonces cuando quedó fascinado por la cultura de los clásicos italianos y cuando conoció a Juan de Borbón, entonces príncipe de Asturias, de quien Ferrán Valls fue profesor y guía habitual en sus visitas de estudios a Roma.

La dimensión científica y cultural de su padre fue enorme, y Luis guarda muchos de sus discursos y homenajes: «Su generación fue denominada por Jaime Vicens Vives como "generación del 17", integrada por eminentes figuras de la historiografía y la erudición catalanas. Fue una generación atenta a su época, curiosa de las ideas de su tiempo. Mi padre

viajó mucho por Italia, Francia, Suiza, Inglaterra, Bélgica y Alemania, e incluso viajó a la Rusia de Stalin en 1928 llevado por sus inquietudes por los nuevos fenómenos políticos y sociales». Ferrán Valls i Taberner fue siempre un convencido demócrata, y su hijo guarda su testamento político, escrito en 1942:

«Nada tengo que ver con el nacionalsindicalismo ni soy camarada; abomino, además, de la revolución, cualquiera que sea el epíteto que se le añada, y contra ella, perturbadora y tiránica, siempre defiendo la libertad legítima y el orden jurídico. Soy monárquico de convicción y de sentimiento. E incluso por tradición familiar, y aunque no formo parte de grupo u organización alguna, soy un súbdito devoto de S.A.R. don Juan de Borbón, y deseo la restauración de la realeza en el día y ocasión oportunos.»

Su hijo recordará siempre aquel 1 de octubre de 1942 en que Ferrán Valls murió, a los cincuenta y cuatro años de edad, en Barcelona, al regresar de una gira de conferencias por Alemania, donde había acudido especialmente invitado por la Universidad de Leipzig. «La muerte le sorprendió en el momento de su plenitud intelectual, entregado a la acción académica y cultural, a punto de culminar varios proyectos largamente acariciados», evoca Luis.

Los padres de Luis fueron un matrimonio de fuertes creencias religiosas que inculcaron a sus hijos, aunque él es el único miembro del Opus Dei. Además de la fe, cree que hay muchas cosas «en las que uno no tiene por qué afirmar siempre su verdad o su fábula. Por ejemplo, si un día aterriza aquí un OVNI, invitaremos a almorzar a sus ocupantes y charlaremos con sumo gusto», dice con ese humor que fustiga y es rayano con la heterodoxia, como a él le gusta definirse. «Hago muchos esfuerzos para que nada ni nadie me caiga mal, aunque no soporto la prepotencia y la excesiva frivolidad.» Concede muchísima importancia a la educación: «Es uno de los temas que más me preocupa porque es lo único que perma-

nece en la persona. El dinero, al fin y al cabo, puede ir y venir, pero una buena educación siempre permanece. ¿Saben qué hacemos nosotros para abrir los ojos a la gente? En nuestra *Memoria Anual* del banco, el material que damos a los accionistas es, entre otras cosas, un repertorio de todo lo malo que nos ha sucedido el año anterior, lo que casi nadie quiere contar por muchas razones, muchas de ellas puramente defensivas. Creemos que si lo contamos precisamente nosotros será muy difícil que lo descubran o lo denuncien, les quitamos ese estímulo... Al final, la educación ¿qué es? Sencillamente, el otro lado de la ignorancia. Si lo hace, hágalo conscientemente, pero no vaya diciendo que no sabía, que no se dio cuenta.» El tan manido refrán que dice «de dinero y calidad, la mitad de la mitad» es lo opuesto a la filosofía de la entidad bancaria que preside: «Para nosotros, es el doble del doble, si no, cerraríamos.»

* * *

—¿Es demasiado pudoroso este banco?

—Es una casa de cristal; en buen trato también somos rentables, pues, después de lo duro, tratamos bien a la gente.

—¿Qué era un banco en tiempos de Jesús?

—Los mercaderes del templo.

—¿Hasta cuánto pagaría por una buena comida o una buena botella de vino?

—Poco, porque la comida y la bebida se estropean fácilmente.

—¿Hay parentesco entre la Historia y el dinero?

—La Historia son los militares y los banqueros.

—¿Quién sabe más de dinero, el Papa o los asesores financieros del Vaticano?

—Por santidad, el Papa.

—¿Cómo definiría la noticia un hombre que se siente periodista?

—La noticia, para mí, es lo que antecede. Cuando se publica ya no lo es.

—¿Hay alguna respuesta más inteligente que las tuyas?

—Sí, por favor, las preguntas inteligentes que me colocan antes.

Increíble Luis Valls, todo un *condottiero* de la Banca, encerrado en una especie de cámara acorazada que, sin embargo, presta una exquisita atención a la armonía social. Tiene de todo, pero no tiene prisa, no ser un hombre apresurado es la clave de su éxito: «Ustedes no saben la cantidad de dinero que hemos ganado por no tener prisa.» Es autor de artículos antológicos, como el publicado tres días antes del golpe de Estado del 23-F, en el que comparó la Banca española con los indios que caminan hacia la reserva: «Desde mediados de junio de 1977 —escribía— y de manera más intensa desde mediados de septiembre de 1980, nuestros banqueros privados, las tribus indias del lugar, están siendo corridas por algunos blancos, entre ellos Skimmerhorn, un fanático exterminador de indios.» Valls admira mucho a la prensa y recuerda con orgullo la época en que adquirió el diario *Madrid*, «para tener la información prohibida, disponer de un centro de información política y afrontar los grandes problemas nacionales alrededor de un rotativo». Sigue coleccionando libros de urbanidad, releyendo a Maquiavelo, a Montesquieu, a los clásicos y a los chinos antiguos, de los que tanto aprende, y mientras fuma el último Montecristo confirma su mejor radiografía: Luis Valls Taberner es su propia eminencia gris.